



RAQUEL FRANCO

# OCHO AÑOS DE SILENCIO



*viceversa novela*



# OCHO AÑOS DE SILENCIO



Raquel Franco



[www.editorialviceversa.com](http://www.editorialviceversa.com)

*Ocho años de silencio* es una novela de ficción y, como tal, sus personajes son totalmente inventados.

Algunos de los personajes que aparecen en esta novela llevan un nombre que puede coincidir con el nombre de personajes históricos, sin embargo, *Ocho años de silencio* es una obra de ficción, por lo que la autora no ha pretendido reflejar ni la realidad, ni la vida de estos personajes, ni su personalidad.

© Raquel Franco, 2009

Todos los derechos reservados.

© Editorial Viceversa, S.L., 2009

Calatrava, 1-7 bajos. 08017 Barcelona (España)

Primera edición: octubre 2009

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-92819-10-2

Depósito legal: B-31888-2009

Impreso por Printer Industria Gráfica

*Para Sagrario y Pablo, mis yayos,  
por acercarme a Andalucía  
tan añorada por ellos como lejana para mí.*

*Para mi tía M.ª José, In Memoriam.*



# Primera parte

## CAPÍTULO 1

En Arquía de la Millación, las tardes más tranquilas duraron ocho años. Nunca antes hubo tardes como aquéllas. Ni siquiera podían compararse con las del invierno del 32, cuando el pueblo se quedó incomunicado durante setenta y dos horas a causa de la nieve y del frío. El silencio invernal nada tenía que ver con la insoportable quietud de aquellos ocho años.

Fue casi una década de ausencias: ausencia de chillidos, los de la señora Dolores reprendiendo a sus siete hijos porque le iban a robar, según decía, la poca cordura que le quedaba; ausencia de música, la de las notas desafinadas que salían de la casa de don Adolfo cuando su hijo Amadeo aporreaba el piano bajo la atenta mirada de su progenitor, que no cesaba en su empeño de convertir al pequeño en un concertista de éxito; ausencia de llantos, los de Julita, niña enfermiza de la que muy pocos, incluida su madre, guardarían recuerdos; ausencia de alegría, la de todos los niños del pueblo saliendo del colegio a las cuatro de la tarde, liberados, por fin, de las garras del maestro. Todos los niños, o casi todos, porque Paquito, el segundo hijo de Cecilia, y Juan, el mayor de Trinidad, jamás iban a clase: preferían pasarse el día en la explanada sur dándole golpes a un balón de papeles y calcetines que los Reyes Magos —en un desesperado intento por socializar al empollón— ha-

bían traído a Pepón, el hermano pequeño de Juan. Se notaba la falta de sus goles, casi tanto como la ausencia de las ovaciones que los entendidos —y los entendidos en Arquía sólo podían ser los habituales de la Bodega— brindaban a aquellos dos muchachos a quienes auguraban un brillante futuro como figuras del balompié. Faltaban hasta las vanidades. Como cuando Paco, padre de Paquito, acudía a la Bodega para recoger cumplidos y jactarse públicamente de las dotes futbolísticas de su retoño, aunque en privado rogara a Dios, del que renegaba ante el mismo público, que si su hijo iba a ser famoso lo fuera como torero.

Nada hubo durante ocho años. Ni siquiera el recuerdo. No podían permitírselo, aunque a veces apareciera como un invitado inoportuno, amenazando aquella calma que no complacía a nadie; ni tan siquiera a don Segismundo, que tantas veces se había quejado de que los juegos de los niños le impedían echarse a gusto la siesta.

Era una calma artificial, la calma que precede a la muerte de un pueblo al que le han robado su descendencia porque no pudieron robarle sus ideas. Un sosiego falso, impuesto por el miedo y la estupidez, por la prepotencia y por la intransigencia o, si se prefiere, por don Martín Vallejo-Nájera.

El silencioso octenio comenzó el 26 de agosto de 1936. Aquel día, los arquienses prefirieron rendirse ante las fuerzas del Alzamiento a combatir en una guerra que ni entendían ni habían iniciado. Dos días antes, Domingo Sanfeliu, alcalde del pueblo, de abuelos catalanes, les había convencido para que no opusieran resistencia. Los había reunido en la plaza para ponerles al corriente de lo que todos ya sabían y exponer sus temores. Temía el alcalde, y así se lo dijo a sus vecinos, que en Arquía los falangistas quisieran desquitarse

de los resultados del sufragio. No en vano había sido el único pueblo de toda España en el que las derechas no habían recibido ni un solo voto. Un pueblo de izquierdas en la previsible España nacional. La rendición, pensaba el alcalde, les evitaría mayores males, y tampoco tenían nada que demostrar. Por supuesto, les dijo Domingo, habría represalias, pero allí no había ni archivos ni chivatos; sólo podían acusarle a él. Y él, como alcalde suyo que era, estaba dispuesto a entregarse y a callar. Por la plaza se extendió un murmullo contradictorio, mezcla de alivio y de pánico. Sus conciudadanos, que lo adoraban, no sabían qué responder, debatiéndose entre aceptar la ofrenda de su cabeza o perder las propias. Tuvo que ser la madre de Domingo, doña Rosa de Sanfeliu, la que con ganas de llorar rompiera a aplaudir, eliminando con sus palmas el sentimiento de culpa que acompañaba a la respuesta deseada. El pueblo la siguió, al principio tímidamente y luego enfervorizado, e incluso acabaron despidiendo al Catalán entre vítores y olés mientras éste se abría paso entre la multitud agradecida.

Aquella sería la última vez que los arquienses le verían con vida. Quizás la historia habría sido diferente si a Domingo, antes de irse a dormir, no se le hubiera ocurrido despedirse de Anita, su novia de toda la vida, con la que había roto relaciones hacía menos de un mes. Una cuestión de celos que en aquel momento, ante la perspectiva de una separación permanente, carecía de sentido. Cuando llamó a la puerta se la encontró entornada. Sólo tuvo que empujarla un poco para poder entrar. Le sorprendió por la hora y porque sabía que, desde que se había quedado huérfana, Anita cerraba la casa a cal y canto, más por miedo a los ratones que a los ladrones. «Te esperaba», le dijo al verlo entrar.

Aquella noche el alcalde no durmió en su casa. A su madre no le extrañó. Ni siquiera lo esperó despierta, como solía hacer las escasas veces que a su hijo le daba por trasnochar. Pensaba su madre, como pensó Paco cuando fue a verle a la mañana siguiente, que el muchacho se merecía un último desahogo antes del sacrificio. Pero las horas pasaban y Domingo Sanfeliu no aparecía.

A la misma velocidad que se extendía el rumor de la fuga del promitente mártir, llegaban los habitantes de Arquía a casa de los Sanfeliu en busca de explicaciones. Al caer la tarde, prácticamente todo el pueblo se hallaba en el interior de aquella vivienda. Para calmar los ánimos o para salir de dudas, un grupo de seis hombres salió en busca de Conchita, ramera de carnes prietas y andares descarados que presumía de los tumultos que, en su juventud, producían los mozos que, impacientes, aguardaban a la puerta de la mancebía para gozar de sus favores.

Cuando la rameruela vio a aquellos hombres irrumpir jadeantes en su casa, pensó complacida que, pese a haber entrado ya en la cuarentena, seguía manteniendo intactos sus encantos, y con la mejor de sus sonrisas y los brazos en jarras, se dirigió hacia ellos:

—¡Vaya, qué llevaba ayer el agua de Arquía! —dijo acercándose melosamente a uno de ellos.

—Se equivoca —contestó Paco recuperando el aliento—. Hoy nos traen aquí otros asuntos —añadió apartando de su lado a la mozcorra.

—¿Ah, sí? ¡Qué pena! Hoy me sentía... generosa. —Pícarona, pronunció la palabra «generosa» despacio, cargándola de intención—. Entonces, ¿a qué vienen seis aguerridos mozos a esta casa? —continuó sin perder las esperanzas.

—Es por Domingo, el alcalde —respondió apresuradamente Paco ante el temor de que alguno de los que le acompañaban decidieran aceptar la tentadora oferta de la prostituta.

—¿El alcalde? ¿Y por qué debería estar aquí el Catalán?

—No aparece por ningún lado, y hemos pensado que quizás había pasado aquí la noche —le explicó Paco.

—Lo siento —se excusó Conchita—, pero a eso no voy a contestarles. Ya saben de mi discreción —dijo mirando fijamente a otro de los hombres que, inmediatamente, agachó la cabeza.

—Por favor, déjese de tonterías.

Paco le contó la situación en la que estaban, el peligro que les acechaba y la imperiosa necesidad de encontrar a Domingo. Conchita no sabía nada de lo que ocurría en España. Prefería mantenerse alejada de las reuniones del pueblo e ignorante de las cuestiones políticas. No entendía ni de derechas ni de izquierdas. Para ella, el mundo siempre se dividió entre los que al pagarle la miraban a los ojos y la trataban con cariño y aquellos que se vestían en silencio y lanzaban el dinero sobre la cama.

—No —dijo suspirando—, Domingo no vino ayer. —Le habría gustado que el Catalán hubiera decidido darse un último homenaje con ella—. Jamás ha pisado esta casa. Por más veces que le he tentado, nunca ha demandado mi compañía. Así que ya ven, deben buscarle en otro lugar.

Y luego, mientras les veía marchar, susurró: «Espero que le encuentren».

Cuando el grupo de hombres regresó a casa de los Sanfeliu, Domingo continuaba sin aparecer. Hacía escasos minutos que seis mujeres habían partido a casa de Anita en busca del alcalde. En la vivienda de doña Rosa, llena de bote en bote,

reinaba un falso sosiego en espera de las noticias que éstas traieran, mientras la anfitriona repartía entre los presentes agua fresca y vino peleón, con los dedos cruzados e implorando, para sus adentros, unas veces que su hijo apareciera y otras que se hubiera ido bien lejos.

Aquella tranquilidad aparente de la que todos participaban no era, sin embargo, suficiente para disfrazar la tensión del momento que se reflejaba en los comentarios fuera de lugar, en las risas forzadas o en las conversaciones que se iniciaban sin voluntad de continuidad. Para amenizar la espera, doña Rosa encendió la radio a la hora del parte; una vez más, don Gonzalo Queipo de Llano —cuyo estólido discurso salpicado de insultos a los dirigentes republicanos de la España leal helaba la sangre del más estoico de los corajones— anunciaba, desde los micrófonos de Unión Radio Sevilla, cuáles serían los objetivos de la jornada por venir: «Mañana tomaremos, en un solo día, Cazorla del Guadalquivir, Arquía de la Millación y Santa Benita la Mayor, tres en un día; que vayan preparando las mujeres mantones de luto, que hemos borrado del diccionario las palabras “perdón” y “amnistía”».

Aquellas palabras metieron el resuello en el cuerpo de quienes esperaban. Tres pueblos en un día, y entre ellos, Arquía. Aquel ejército al que sólo juzgaban de oídas —las del falso trotar radiado de los caballos— les infundió el mismo miedo que acomete a los niños cuando oyen hablar del hombre del saco.

Poco sabían ellos, y poco se ha dicho hasta el día de hoy, que aquel triplete no respondía a una acción militar estudiada, sino a la obligación de cumplir que contrae todo jugador al hacer una apuesta.

Queipo de Llano siempre iba de farol. Todos lo sabían, pero en su compañía los subalternos se dejaban ganar, incapaces de contradecirle o mosquearle, ni siquiera en sus ratos de ocio. La racha de victorias había hecho mella en la percepción que don Gonzalo tenía de sí mismo y, a aquellas alturas de la contienda, se consideraba un estratega invencible. Ni se le pasaba por la cabeza que jugaba con la ventaja que da el poder y que, desprovisto de éste, él era tan sólo un embustero más.

Sobreestimando sus aptitudes, tras la reunión extraordinaria y secreta de generales sublevados que tuvo lugar en el Casino de Sevilla el 22 de agosto de 1936, don Queipo propuso dejarse de tonterías e ir a cosas más serias. De la cartuchera del cinto extrajo una baraja española, como no podía ser de otro modo, y propuso comenzar una timba. Partida tras partida, los otros generales fueron desplumando a don Gonzalo, que, al no entender lo que sucedía, perdió el uso racional por la vehemencia de la ira y se desquitó con una apuesta que muy pocos estaban dispuestos a igualar: el que perdiera debería conquistar tres pueblos en un solo día. El general Minambres sonrió al ver sus cartas y aceptó el envite.

Las mujeres volvieron de casa de Anita abatidas y con el semblante desencajado. Una de ellas, Cecilia, entró negando con la cabeza, buscó entre los presentes a su marido, Paco, y cuando lo vio, se abalanzó sobre él y rompió a llorar.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—No está allí, y tampoco su novia. Todo está patas arriba, como si se hubieran ido a toda prisa —le respondió su mujer.

—¡El alcalde se ha fugado! —afirmó con contundencia Dolores, que también había llegado de casa de Anita con el resto de féminas.

—¡Será mal nacido!... —vociferó uno de los hombres—. Ya sabía yo que no nos podíamos fiar de él.

—Debe de haber una explicación. —Doña Rosa, incrédula, intentaba defender a su hijo.

—¿Una explicación? ¿Quiere una explicación? —dijo furioso aquel mismo hombre—. Sólo hay una: su hijo es un cobarde.

—Y un mentiroso —añadió otro, igual de exaltado.

—¡Esperen, por favor! —les rogó Cecilia—. Quizás tenga razón doña Rosa. En la mesa había una nota, pero ninguna de nosotras ha sabido leerla.

—¿La tiene aquí? —intervino el maestro.

—Sí, claro.

Cecilia le entregó el trozo de papel que había guardado con cuidado en el bolsillo que colgaba de su vestido. El maestro, sin perder ojo a los arquienses, desdobló la hoja, la estiró, la tomó con ambas manos y la sacudió en el aire. Cuando consideró que ya era un papel legible, fijó su mirada en él.

—Les leo —dijo con solemnidad—: «Lamento dejaros de este modo. Espero que sepáis perdonarme y entenderme. Ana está embarazada».

Al acabar de leer, el maestro volvió a doblar cuidadosamente la nota y miró a sus vecinos esperando algún tipo de reacción, pero no la hubo. Como si aquellas palabras hubieran puesto fin a la reunión, poco a poco, los aldeanos fueron abandonando la casa de los Sanfeliu para dirigirse calladamente a sus hogares. Cuando don Segismundo y su esposa, doña Mó-

nica Portugal, pasaron por delante de la casa de Conchita, la prostituta salió a su paso para preguntarles si Domingo había aparecido.

—No —le respondió secamente don Segismundo.

—Dios nos la depare buena —suspiró la ramera.

—Me temo, Conchita, que una buena nos depara Dios

—dijo don Segismundo retomando su camino.